

LOS PRIMEROS VIAJES ESPACIALES

Miquel Barceló

La ciencia ficción es, se ha dicho, indefinible. Hay demasiados elementos en su temática para restringirla a una definición. Pero a mediados del siglo XX, antes de los Sputnik o de la llegada del ser humano a la Luna, resultaba evidente que el viaje por el espacio era una de sus temáticas centrales: eran de ciencia ficción aquellas narraciones en las "*que se habla de viajes interplanetarios*". Así lo expresaba en 1953 el francés Michael Butor. Y esa caracterización, pese a su parcialidad y en base a su tradición, sigue siendo válida hoy cuando, por cierto, cada vez se habla menos de exploración del espacio incluso en la mismísima ciencia ficción.

Hay ejemplos ilustres, y recientes, de la afirmación de Butor: la película *Alien* (1979) de Ridley Scott es considerada por todos como de ciencia ficción. Pero su temática no difiere demasiado de una narración gótica de terror en la que un fantasma inaprensible fuera exterminando a los moradores de una vieja casa victoriana. En la película de Scott la casa victoriana se convierte en una nave espacial y el fantasma en un alienígena cual corresponde al siglo transcurrido. Pero, tal vez por el decorado y la ambientación, todos convenimos en decir que es ciencia ficción.

El viaje espacial, necesario para ambientar la trama interplanetaria de algunas especulaciones propias de la ciencia ficción, está presente incluso en los más remotos orígenes de la anticipación científica. Sin que sea necesario recurrir a ideas del todo fantásticas como las del viaje de Luciano de Samosata, incluso Verne y Wells, los "padres" fundadores de la ciencia ficción, se ocuparon, aunque también con escaso realismo, del viaje interplanetario.

En "*De la Tierra a la Luna*" (1865), Julio Verne imaginó uno de los primeros viajes interplanetarios fruto del uso de la tecnología. Su error fue imaginar la nave como una bala lanzada por un gran cañón, garantizando la conversión en pulpa de los tripulantes sometidos a una aceleración insoportable fruto de un único impulso momentáneo.

Herbert G. Wells fue más prudente e imaginó una sustancia especial, la "cavorita", con un comportamiento antigravitario. Con ella explicó el viaje de sus héroes a la Luna en "*Los primeros hombres en la Luna*" (1901). La sorpresa en este caso es que la idea parece proceder de Alejandro Dumas, famoso autor de las aventuras de D'Artagnan, quien en "*Un viaje a la Luna*" (1857) también usa una materia que es rechazada por la Tierra para elevar su nave. Se puede perdonar tanto a Dumas como a Wells esa absurda idea de un posible "apantallamiento" de la gravedad, al igual que los dieléctricos hacen con la electricidad. Al fin y al cabo eso ocurría bastante antes de Einstein y su aportación que nos llevó a ver la gravedad cual si fuera la manifestación de cómo la masa deforma la geometría implícita del universo...

Pero algunas de las primitivas ideas fantásticas se han contemplado después con seriedad como métodos posibles de propulsión espacial. Hay que desechar, por su potencia insuficiente, el recurso a la máquina de vapor que Lord Byron postulara en "*Don Juan*" (1819) para llegar a la Luna. Pero otras fuentes de potencia siguen siendo factibles y estudiadas y así ocurre con las energías química, nuclear y eléctrica.

Tal vez lo más sorprendente sea recordar como ya ocurriera en "*Aventures extraordinaires d'un savant russe*" (1889-1896) del francés Raoul Marquis (conocido también como Henri de Graffigny y cuya imagen popularizó Louis Ferdinand Celine), donde los héroes viajan a la Luna utilizando la presión de la luz solar sobre una gran

pantalla fijada a la nave. La idea, embrión de los veleros solares de la moderna ciencia ficción, ha tenido diversos continuadores desde "*El viento del éter*" (1913), pasando por "*El viento del Sol*" (1962) de Arthur C. Clarke con su exótica regata de veleros solares, hasta llegar a las naves interestelares de "*La paja en el ojo de Dios*" (1974) de Larry Niven y Jerry Pournelle. No es poco bagaje para una idea que, con toda seguridad, era "loca" y "de ciencia ficción" cuando esos franceses la sugirieron.